

# HISTORIA Y POLÍTICA: ENTRE «EPIFENÓMENO DE LA ESTRUCTURA» Y «LUGAR DE GESTIÓN DE LA SOCIEDAD GLOBAL», O LA SOLUCIÓN GALAICA DE LA «AUTONOMÍA RELATIVA»

XOSÉ RAMÓN VEIGA<sup>1</sup>

UNIVERSIDADE DE SANTIAGO DE COMPOSTELA

DE G.M. TREVELYAN A M. MANN: O DE LA HISTORIA SOCIAL *WITH THE POLITICS LEFT OUT*, A LAS FUENTES DEL PODER SOCIAL *WITH THE POLITICS INSIDE*

Un título como el que encabeza estas líneas exige una explicación inmediata. «Epifenómeno de la estructura», pero también «espuma de las olas», «superestructura subordinada a la base», o «agency dependiente de las estructuras», no son más que metáforas, definiciones, habituales en los años de ostracismo (relativo) de la Historia Política, de las décadas de los 50, 60 y 70 del pasado siglo, de una etapa enormemente fructífera en la Historia de la Historiografía marcada a fuego por el protagonismo principalísimo de la Historia Social, fuese en la versión marxista británica de los Rudé, Hobsbawm, Thompson o Stedman Jones, de la *Sozialgeschichte* alemana de los Wehler, Conze, Pühle o Kocka, o en la muy francesa versión de los *Annales* de Braudel en adelante. Las metáforas, con claridad y también con intencionalidad, daban cuenta del desprecio, más o menos abierto, por una práctica de la Historia Política que se contemplaba obsoleta y falta de «cientifismo». Son décadas en las que todo lo negativo de una cierta praxis historiográfica se encarnaba en la Historia Política. En 1974, Jacques Julliard ofrecía un completo catálogo de las taras que la afectaban: la historia política es psicológica,

.....  
<sup>1</sup> El autor forma parte de los proyectos de investigación «La nacionalización española en Galicia, 1874-1936» (HAR2010-21882, financiado por el Ministerio de Ciencia e Innovación; IP: Miguel Cabo) e «Historia agraria y política del mundo rural, ss. XIX y XX» (IP: Ramón Villares; GI-1657). El artículo reproduce la conferencia pronunciada en el VII Congreso de Historia Local de Aragón (Cariñena, 3 de julio de 2009), con el único añadido de algunas referencias bibliográficas, unas pocas notas a pie de página y de ideas surgidas al hilo de conversaciones habidas con los participantes en el congreso. Advierto ya que las líneas que siguen tienen mucho más de reflexión subjetiva a partir de mi experiencia con la historia política y la biografía histórica que de repaso exhaustivo a un tema, el de las relaciones historiográficas entre Historia y Política, que escapa con mucho a mis capacidades y conocimientos. Aprovecho para agradecer a Xosé Manuel Núñez que pensase en mí como su sustituto en este congreso (no es la primera vez que lo hace y creo que nunca se lo he agradecido debidamente), y a los compañeros de Zaragoza el inmejorable trato recibido.

ignora los condicionamientos; elitista, ignora la sociedad y las masas; cualitativa, ignora lo serial; particularista, ignora la comparación; narrativa, ignora el análisis; idealista, ignora lo material; ideológica, sin reconocerlo; parcial, sin reconocerlo; puntual, ignora la «longue durée»...; en una palabra: la historia política es «acontecimental», *événementielle*, y esa palabra resumía en sí misma todo lo que de negativo podía tener la práctica de los historiadores de la política, tortugas centenarias incapaces de variar su rumbo y subirse al carro de las innovaciones de la mano, por entonces, de la geografía, la economía y la sociología. No obstante, convendría no olvidar que en el mismo libro en que Julliard realizaba este juicio sumarísimo, *Faire de l'histoire*, su colega Pierre Nora dedicaba un capítulo a «La vuelta del acontecimiento», toda una premonición y una señal de que los tiempos, como dijo Bob Dylan, estaban cambiando, y que el mismo Julliard hablaba ya de una *nouvelle histoire politique* liberada de las rémoras historicistas y positivistas. Sin embargo, y con permiso de los annalistas, quizá la frase que mejor define la vulgata entonces dominante sobre la Historia Política sea la del historiador británico G.M. Trevelyan, que ya en 1942 hablaba de la Historia Social como «la historia de un pueblo... sin la política» («con la política fuera», «*with the politics left out*»).

No deberíamos, a pesar de todo lo dicho, exagerar el ostracismo de la Historia Política en las décadas de construcción del Welfare State, de las vacas gordas de la economía europea y de la apoteosis del intervencionismo estatal en la sociedad y la economía, y ello por una razón fundamental: siguieron editándose obras de historia dedicadas a la política..., aunque es cierto que la «especialidad» no formaba parte entonces de la agenda más *in*, más actualizada, de las tendencias historiográficas del momento, claramente escoradas hacia lo económico y lo social. En el caso paradigmático del Reino Unido siguió practicándose sin ninguna cesura ni interrupción, y siempre con una buena recepción de los lectores: investigaciones cargadas de erudición sobre *whigs* y *tories* no faltaron a sus citas anuales, y la práctica de un género tan británico como la biografía se mantuvo sin dificultades aparentes (ahí están, por ejemplo, las dedicadas a Winston Churchill por Ch. Moran o E. Black en 1966, o la de B. Barker en 1979). En la misma Francia de los todopoderosos e invasivos *Annales* de Braudel, el recientemente fallecido René Rémond publicaba en 1954 *La droite en France de 1815 à nos jours*, y en 1965 se atrevía con un trabajo muy osado por cronología y ambición explicativa como *La vie politique en France depuis 1789* (con un segundo tomo salido en 1969). También en Francia, en 1950, se fundaba la *Revue d'histoire de la Deuxième Guerre Mondiale* (germen de ese género tan francés como es la Historia del Tiempo Presente), con la política como eje vertebrador de su ideario historiográfico. Forzando un poco el argumento, ya hemos visto como desde presupuestos annalistas la Historia Política estaba presente en el manifiesto de *Faire de l'histoire*, y repetirá aparición en otra biblia del movimiento como es *La nouvelle histoire* (1978). Es cierto que aquí, como no podía ser de otra forma, se hablaba

de una nueva Historia Política, pero no lo es menos que en cuanto especialidad comenzaba entonces a salir del ostracismo y de la tercera división a que había sido relegada para ingresar en la UVI, donde con los cuidados adecuados podría incluso aspirar a convertirse en un componente más del equipo de una historiografía actualizada que entonces guiaban Le Goff, Chartier y Revel. Por último, tampoco conviene olvidar que es en 1978 cuando se funda l'IHTP, el *Institut d'histoire du temps présent*, con François Bédarida al frente, y que aquí el análisis de la política era más una obligación que una opción. Por aportar un tercer ejemplo más exótico de la relativa actualidad de la Historia Política en los tiempos duros de la Guerra Fría cuando Kennedy y Kruschew coqueteaban con el conflicto nuclear, podemos aludir a la *New Political History* estadounidense de los años sesenta asentada en el cuantitativismo y en los préstamos teóricos y metodológicos de la Ciencia Política, una prueba más de que los aspectos políticos del pasado no habían caído en un olvido total (si bien es cierto que la NPH fijó de forma casi monotemática su foco de atención en las elecciones, y que no faltan estudiosos que la definen con el paradójico calificativo de historia política... sin política).

A medida que avanzamos en la década de los 70 y nos adentramos en los 80, y al mismo tiempo que las economías capitalistas entran en una profunda crisis y que la conocida como «revolución conservadora» de Margaret Thatcher y Ronald Reagan da sus primeros pasos, el paradigma tan aparentemente sólido de la Historia Social empieza a hacer aguas y a soportar embestidas que llegan de diferentes ángulos. Interesan para la argumentación especialmente dos. Por un lado, y desde los EE.UU., el *linguistic turn*, el giro lingüístico, con su defensa de una determinación lingüística en última instancia (por decirlo en términos marxistas) de la realidad social, de una configuración textual del mundo que suponía un ataque directo a la línea de flotación de la Historia Social y de las certezas materiales en que se sustentaba porque la propia materialidad de los hechos sociales quedaba en entredicho, reducidos (en las versiones más nihilistas y extremadas del LT) a configuraciones discursivas autorreferenciadas y sin existencia más allá de los juegos del lenguaje. Por otro lado, los *retours*, los *revival* historiográficos, lo que algunos llamaron «moda» de los retornos, y entre ellos en puesto prominente y destacado la vuelta de la Historia Política y de su *partenaire* y compañera de fatigas, la biografía histórica.

Pruebas empíricas de los cambios que por entonces acontecían tenemos varias. Quizá la más conocida sea el muy citado artículo de Lawrence Stone en *Past and Present* (1979), con su diagnóstico respecto de una cuantificación que en la historiografía no había cumplido las expectativas despertadas respecto de una práctica más científica del oficio, así como su afirmación del revival que se producía de la vieja historia narrativa, matizado muy oportunamente por E.J. Hobsbawm en el número siguiente de la revista en apenas seis páginas que, para quien les habla, constituyen un monumento de sabiduría historiográfica. Menos

citada, pero no menos importante, es la reflexión que también en 1980 realizaban G. Eley y K. Nield desde las páginas de *Social History*, una de las publicaciones señeras del momento (lo sigue siendo hoy, igual que la antes citada *Past and Present*) y auténtica caja de resonancia de los trabajos de algunos de los más prestigiosos historiadores sociales, sobre todo del mundo anglosajón. En forma de interrogación («Why does social history ignore politics?»), y sin nostalgia alguna respecto de la «vieja» Historia Política visible en algunas de las consideraciones de Stone, Eley y Nield se preguntaban por las razones de la exclusión y, al tiempo, abogaban por recuperar la esfera de la política, la relación estructura-acción y, sobre todo, el papel jugado por el Estado en la configuración de las sociedades contemporáneas. Con sus propias particularidades, y por los mismos años, también T. Judt (1979) o los Genovese (1976) ponían el dedo en la llaga con una llamada a la reintegración de la política como camino imprescindible para la renovación de la Historia Social. Por entonces, ya algunos historiadores se atrevían a proponer abiertamente la necesidad de una Historia Política renacida libre de las adherencias del subjetivismo, los excesos narrativos y el protagonismo de los grandes hombres «adelantados a su tiempo» y «forjadores (ellos solitos) de la Historia»: es el caso, por ejemplo, del medievalista W.P. Blockmans en su colaboración para la obra colectiva *L'Histoire et ses méthodes* (1981), de título tan significativo como previsible y poco original: «La nouvelle histoire politique».

Si de los diagnósticos pasamos a las creaciones historiográficas y fijamos la mirada en Francia, el caso que mejor conozco, la referencia obligada es Maurice Agulhon. En todas sus producciones de la década de los 70 (*1848, ou l'apprentissage de la République*, de 1973; *Les quarante-huitards*, de 1973, en calidad de compilador; *Le cercle dans la France bourgeoise, 1810-1848: étude d'une mutation de sociabilité*, de 1977; *Marianne au combat: l'imagerie et la symbolique républicaines de 1789 à 1880*, de 1979; *La république au village: les populations du Var, de la Révolution à la IIe République*, de 1979, con una primera edición ya en 1970) sitúa la política y lo político en un primer plano, pero es que además baliza caminos que otros no tardarán en recorrer: su atención a la política local como el lugar donde se gestionan y reinterpretan las transformaciones iniciadas en París, su capacidad para interrelacionar sociabilidad y actividad política, su sensibilidad para detectar la fuerza identitaria y movilizadora de los símbolos en la política, su apuesta por la comprensión de la politización como proceso en desarrollo con escalas y comportamientos diferentes en función de los contextos que le sirvan de referencia, o sus intuiciones respecto a las posibilidades de conocimiento y comprensión que ofrecía la práctica de una antropología histórica, son aportaciones ya perfectamente visibles en estos trabajos y, en conjunto, prefiguran desarrollos de la nueva Historia Política que tendrán un dinámico recorrido posterior. Un caso diferente, pero también oportuno para verificar el interés que los aspectos políticos despertaban en la Francia de los años

70, es el de Paul Bois, que en su *Paysans de l'Ouest* (1971),<sup>2</sup> un excelente ejemplo de historia regional francesa inspirado en el principio de la historia total (de consulta casi obligatoria para los estudiantes de doctorado en la Compostela de comienzos de los noventa), incluía un subtítulo «omniabarcante» tan del gusto de las *thèses d'état* francesas (*Des structures économiques et sociales aux options politiques depuis l'époque révolutionnaire dans le Sarthe*) que se negaba a dejar fuera de su análisis totalizador la dimensión política del campesinado, en lo que constituía un ejemplo precoz de Historia Social annalista renovada que, sin embargo, tardaría todavía un tiempo en tener imitadores.

Por decirlo de forma resumida y muy estilizada, lo que se producía desde mediados/finales de los años setenta era un hartazgo ante una cierta Historia Social muy estructural, saturada de estancias inmóviles, por veces sobrada de teoría y por veces con un protagonismo excesivo de técnicas y metodologías y, sobre todo, empeñada en reducir al sujeto (individual y colectivo) a una simple entrada, a una variable más de tipo estadístico, despojado de cualquier capacidad de acción y de iniciativa, de cualquier protagonismo en la construcción de una Historia determinada por fuerzas impersonales, superiores, casi taumatúrgicas, frente a las que el factor humano quedaba reducido al papel subordinado de marionetas en las manos de titiriteros. Esos titiriteros todopoderosos que dominaban en las vidas de los hombres y las mujeres eran las clases, los condicionantes geográficos y naturales, los índices de precios, las tasas demográficas o las mentalidades, que copaban un escenario en el que los individuos de carne y hueso no aparecían por ninguna parte. Era una reacción ante la historia de cambio lento, i-ri-tan-te-men-te len-to, ca-si im-per-cep-ti-ble, inspirada por Braudel, ante el dominio de unas mentalidades poco menos que inmutables en su (no)discurrir histórico, y ante el manejo reduccionista del concepto «clase social» convertido en un *deus ex maquina* que parecía explicarlo todo sin que nadie, en apariencia, se parase a reflexionar en que la propia clase, su existencia y formación, era la que debía ser objeto de explicación, una clase elevada a la categoría de objetiva y dotada de capacidades analíticas y explicativas, que por supuesto negaba cualquier capacidad de acción a sus integrantes y que solo se definía en función de las relaciones de producción (la lectura heterodoxa de E.P. Thompson en su monumental *The Making of the English Working Class*, publicada en 1963, aún no había generado sinergias suficientes como para imponer su visión cultural de la construcción histórica de la clase). Una reacción, también, ante la búsqueda, en ocasiones obsesiva, de leyes y regularidades en la Historia en un vano intento por imitar a las ciencias naturales, aunque fuese a costa de forzar los datos empíricos para amoldarlos a unos corsés teóricos incapaces de contenerlos y de

<sup>2</sup> Casualmente, la tesis origen del libro fue objeto de una reseña en *Études rurales*, 3 (1961) por parte de M. Agulhon.

darles sentido, amén de despreciar todos los que no se adaptaban a estos trajes prefabricados, siempre demasiado estrechos para unos cuerpos históricos tan generosos en sus formas como tendentes a engordar y a desbordar unas costuras impotentes para sujetarlos. En definitiva, y apenas siete años luego de pronunciarla, la famosa sentencia de E. Le Roy Ladurie sobre que «En el futuro, el historiador será programador o no será nada» (*Le territoire de l'historien*, 1973) parecía, al inicio de la década de los ochenta, a punto de pasar a formar parte de la ya repleta nómina de profecías no cumplidas.

Los años ochenta transcurren entre diagnósticos que, sobre todo desde los EE.UU., insisten cada vez con más fuerza en la crisis de la Historia Social y en la necesidad de proceder a un giro lingüístico y a un cambio radical de paradigma. Por el impacto entre los historiadores de su reflexión teórica, y entre otros nombres a los que se podría aludir, es de mención obligatoria H. White, que con *Metahistory* (1973) y con *The Content of the Form* (1987) contribuyó a problematizar verdades y enunciados hasta entonces tenidos como innegociables para la Historia Social, y a situar la cuestión del discurso y de la construcción discursiva de la realidad en el primer plano de las discusiones historiográficas (aunque no tanto en el de la producción de obras de Historia).<sup>3</sup> En una línea diferente, pero igualmente crítica con la Historia Social dominante, cabe citar a G. Stedman Jones y su recopilación de artículos en *Languages of Class* (1983), que además de analizar las cambiantes nociones del concepto clase social en la Gran Bretaña de los siglos XIX y XX con un énfasis especial en sus contenidos discursivos (que dibujaban una *clase obrera* de significados mudables en el tiempo), hay que recordar que abre su libro con una ambiciosa declaración de intenciones: su objetivo es analizar «la relación entre sociedad y política en la Inglaterra de los siglos XIX y XX». Si del mundo anglosajón pasamos al germano, también en artículos de historiadores tan solventes como J. Kocka es posible adivinar un larvado descontento con las formulaciones más estructurales de la Historia Social (que, sin embargo, no consideraba que fuesen las mayoritarias). En un artículo publicado en 1986, luego de señalar que la Historia Política más tradicional en su versión rankeana no había desaparecido de Alemania, insistía en la necesidad de comprender la relación entre estructuras/procesos y acciones/experiencias («La historia social es [...], historia de las estructuras y de las experiencias al mismo tiempo») como la vía más fructífera para evitar un anquilosamiento en el estudio de las sociedades

---

<sup>3</sup> Todos mis compañeros de doctorado leímos la traducción en castellano que realizó de esa obra Paidós en 1992 por empeño del profesor José Carlos Bermejo, una autoridad mundial en estos temas, y un adelantado a debates luego recurrentes. Como muestra, José Carlos Bermejo, *El final de la Historia: ensayos de historia teórica*, Madrid, Akal, 1987 (original en gallego de 1986). Por esto a nadie ha sorprendido que el primer título del renovado sello editorial de la Universidade de Santiago, sea una reflexión de amplio calado teórico del profesor Bermejo escrita en inglés: *The Limits of Knowledge and the Limits of Science*, USC editora, Santiago de Compostela, 2010.

del pasado que, en cualquier caso, no pasaba por la práctica de la *Alltagsgeschichte*, de la Historia de la Vida Cotidiana, a la que dedicaba comentarios que rozaban el desprecio («De los historiadores de la cotidianeidad cabe esperar poco (por su inclinación) a las menudencias, su desconfianza frente a las estructuras y los procesos [...], con su mayoritaria predilección por una reproducción de experiencias, simpatizante y conceptualmente pobre».<sup>4</sup> Un Kocka, por cierto, que ya antes, en 1984, había dado muestras de su atención a los debates historiográficos más actualizados con la publicación de sus opiniones (críticas) respecto de la afirmación stoniana del retorno de la narración.

No es, pese a lo dicho, ni en Gran Bretaña ni en Alemania donde la Historia Social va a experimentar los embates más fuertes y más radicales en sus formulaciones, ni tampoco donde su carácter de *prima donna* historiográfica va a ser más intensamente discutido por la Historia Política. Si dejamos de lado lo que ocurría al otro lado del Atlántico con el giro lingüístico y sus derivaciones (en especial respecto de los estudios de género), es en Francia donde la ofensiva política se presenta con mayor virulencia, con mayor agresividad y con mayor proyección mediática. La obra emblemática a este nivel es, muy probablemente, *Pour une histoire politique* (1988), una recopilación de trabajos editada bajo la guía de René Rémond, un luchador ya veterano en estas lides como se ha señalado algunas páginas atrás, que cuenta con capítulos redactados por los más destacados historiadores políticos del Hexágono como M. Winock, J.F. Sirinelli, J.P. Rioux, A. Prost, Ph. Levillain... (todos colaboradores de *Vingtième Siècle*, su punto de encuentro desde 1984). La obra actúa casi como un manifiesto que, sobre todo a ojos franceses, viene a ratificar que la política ha recuperado el primer puesto y que está aquí para quedarse. De manera algo más que simbólica, la publicación marca un punto de no retorno en el que queda ya atrás la época de las catacumbas y de las estrategias defensivas de supervivencia ante el mazo todopoderoso de los *Annales*: la Historia Política abandona el *catenaccio* y pasa a jugar con decisión al ataque, con la intención clara de hacerlo lo más cerca posible del área rival y de controlar la mayor porción abarcable del campo historiográfico. Para Rémond, y aquí llegamos al segundo término del título de la ponencia, la política es «el lugar de gestión de la sociedad global» y, por lo tanto, la Historia Política tiene todo el derecho a figurar como primer tenor en la ópera de las especialidades históricas.

La celebración del Bicentenario de la Revolución Francesa fue la ocasión perfecta para la presentación en sociedad de esta nueva Historia Política, fertilizada ya no solo con las aportaciones de René Rémond y los suyos sino también con

<sup>4</sup> Jürgen Kocka, «La historia social, entre la historia de las estructuras y la historia de las experiencias», en su *Historia social y conciencia histórica*, Marcial Pons, Madrid, 2002, pp. 65-86 (entrecomillados, en pp. 86 y 84 respectivamente).

las de un aliado llegado de Ultramar y con orígenes en la Ciencia Política: me refiero al concepto proteico de Cultura Política. Su origen, como resulta bien conocido, se sitúa en el trabajo de G.A. Almond y S. Verba *The Civic Culture* (1963), y como herramienta politológica implica la posibilidad de ir más allá (o más acá, según como se mire) de lo ideológico para aprehender también los símbolos, lenguajes, rituales, las ideas, los valores, la(s) memoria(s) y las pautas de conducta asumidas por una mayoría de la sociedad ante la política. En el contexto del Bicentenario, y además de los trabajos de F. Furet y M. Ozouf (por ejemplo, el monumental *Dictionnaire critique de la Révolution Française*, 1988), hay que mencionar la investigación fundamental de K.M. Baker, *Inventing the French Revolution. Essays on French Political Culture in the Eighteenth century* (1990), que junto a los libros de R. Chartier (*Les origines culturelles de la Révolution Française*, 1990), S. Schama (*Citizens. A Chronicle of the French Revolution*, 1989) o L. Hunt (*Politics, Culture and Class in the French Revolution*, 1984), entre otros, configuraron una potente ofensiva político-cultural contra la interpretación social de la Revolución ejemplificada en autores clásicos y hasta entonces casi intocables como Albert Soboul. Un conjunto amplio de publicaciones, apellidadas «revisionistas» muchas veces con un sentido más peyorativo y conspirativo que descriptivo (véanse las críticas de Josep Fontana a Furet, por ejemplo, en *La historia de los hombres*, 2001, p. 270), que osaban presentar la Revolución como una creación político-cultural-discursiva antes que como un proceso de raíces y explicaciones sociales; que se atrevían, en suma, a afirmar que la Historia Política era capaz de proporcionar una explicación más veraz, más completa y más compleja del fenómeno revolucionario que la Historia Social. En un artículo reciente, Álvaro Santana Acuña (2006) repasaba la producción anglosajona sobre la Revolución francesa, y daba cuenta de cómo todo a lo largo de los años noventa y de lo que va de siglo XXI es claro el interés por esta interpretación político-cultural del proceso revolucionario, con una incidencia especial en los discursos y en el análisis de la cultura política que hizo posible la Revolución. De alguna forma, pareciera que el «todo político» de Rémond le ha ganado la partida al «todo social» anterior, gracias a una mezcla variable en sus proporciones de análisis del discurso y de investigación sobre historia cultural de la política que, por lo menos a quien les habla, no siempre resulta agradable de digerir y que en ocasiones se pierde en juegos de lenguaje tan bien trazados en su presentación formal como faltos de una comprobación empírica suficientemente sólida.<sup>5</sup>

<sup>5</sup> Como muy bien me advirtió, en conversación informal, uno de los participantes en el congreso, el repaso de la recuperación francesa de la Historia Política queda cojo sin la figura, estajanovista en su producción, de Pierre Rosanvallon (desde *Le moment Guizot*, 1985, hasta *Le modèle politique française. La société civile contre le jacobinisme de 1789 à nos jours*, 2004, pasando por *L'État en France de 1789 à nos jours*, 1990; *Le sacre du citoyen. Histoire du suffrage universel en France*, 1992; *Le peuple introuvable. Histoire de la représentation démocratique en France*, 1998; *La démocratie inachevée. Histoire de la souve-*

Con esta referencia hemos pasado ya de la Historia Política como simple «apéndice hipertrofiado» (otra de las metáforas de los tiempos duros), a la Historia Política (más o menos aliada con *formas* de Historia Cultural) de pretensiones totalizadoras y decidida a recobrar todo el terreno perdido durante la mayor parte del siglo XX. En medio queda, sin embargo, la solución galaica de la «autonomía relativa», es decir, una posición a medio camino (de ahí lo de galaica, aunque sea caer en el tópico del gallego a mitad de la escalera, y en el peligro de ser visto como «gallego en el sentido más peyorativo de la palabra») entre una concepción de la política en urna de cristal, inmaculada y libre de cualquier condicionante socioeconómico, y otra idea de la política en la que queda reducida a prescindible anexo sin vida propia y por completo determinada por las estructuras y las fuerzas económicas y sociales.<sup>6</sup> En mi caso particular, y pido perdón por esta injustificada muestra de *ego-histoire* (remito, otra vez, a la nota 1), la aproximación a este concepto de la «autonomía relativa» llegó de la mano de la sociología histórica, y tuvo mucho que ver con una de esas casualidades de la vida académica del principiante que, cuando se producen, generan desazón y hasta enfado pero que el paso de los años lleva a valorar en positivo: la obligación del último en llegar de impartir la materia de «Historiografía y fuentes» en un ya lejano curso 1999-2000. No fue, sin embargo, por la vía más usual entonces en Compostela de los Tilly, Skocpol u Olson, sino gracias a un autor menos popular y menos manejado: me refiero a Michael Mann y su monumental *The Sources of Social Power*.<sup>7</sup> Aquí Mann establecía sus hoy muy populares cuatro fuentes básicas de poder social (ideológicas, económicas, militares y políticas: modelo IEMP), que lejos de entenderse y comportarse a modo de compartimentos estancos se caracterizaban precisamente por sus interrelaciones, y lo hacía al tiempo que defendía la «autonomía relativa» del Estado respecto de las fuerzas socioeconómi-

---

*raineté du peuple en France*, 2000; *Pour une histoire conceptuelle de la politique*, 2003...). En mi descargo me remito a las justificaciones de la nota número 1, pero a fuer de sincero no puedo menos de indicar que la obra del politólogo, historiador e intelectual francés (quizá más francés que ningún otro) no es santo de mi devoción, por más que haya recurrido a ella en más de una ocasión y que reconozca su contribución, desde una óptica politológica, en la puesta al día de la Historia Política. En cualquier caso, mi eterno agradecimiento a su función como mentor de un trabajo imprescindible para cualquier historiador interesado en las elecciones decimonónicas y en la cultura política del sufragio censatario: me refiero a Christine Guionnet y a su *L'apprentissage de la politique moderne. Les élections municipales sous la monarchie de juillet*, L'Harmattan, París, 1997.

<sup>6</sup> Dos posibilidades, obviamente, aquí presentadas de forma caricaturesca en cuanto que se estilizan sus rasgos más gruesos por necesidades de la argumentación: un análisis más fino obligaría a introducir matizaciones de calado que disminuirían tanto el estructuralismo en un caso como el subjetivismo en otro.

<sup>7</sup> Michael Mann, *The Sources of Social Power*, vol. I: *A History of Power from the Beginning to AD 1760*, Cambridge UP, Cambridge, 1986 (trad. esp. en Alianza, Madrid, 1991), seguida de una segunda parte que cubre el siglo XIX ampliado: *The Sources of Social Power*, vol. II: *The Rise of Classes and Nation-States, 1760-1914*, Cambridge UP, Cambridge, 1993 (trad. esp. en Alianza, Madrid, 1997).

cas<sup>8</sup> y que situaba el concepto del poder en el centro mismo de su reflexión. Si por poder entendemos, en la tradición weberiana en que se situaba Mann (lo que no le impedía utilizar igualmente reflexiones de raíz marxista), la capacidad de imponer la propia voluntad a otros, el autor angloestadounidense defendía que la realidad histórica del poder se explicaba a partir de mezclas variables de las cuatro fuentes básicas definidas, con cócteles que cambiaban su composición a lo largo del tiempo y que, para el siglo XIX, basaban su fórmula magistral en el predominio de los componentes política y economía. Lo que proponía Mann era investigar las interrelaciones entre estas dos esferas de poder, su carácter, sus resultados y sus evoluciones y, en caso de ser posible, determinar cuál de las dos era la dominante en un momento y espacio dados (aunque huyendo de cualquier forma de determinación «en última instancia»).

En realidad, y como sucede siempre en el ámbito de las ciencias humanas y sociales, la idea de la «autonomía relativa» de la política (o, si se prefiere, de la interrelación de la política con las otras fuentes de poder) ya había sido intuitida y planteada por otros muchos autores, aunque con presentaciones y razonamientos diferentes a los de Mann y, sobre todo, quizá sin la claridad, el énfasis y la rotundidad de este, por no hablar de la contundencia argumental y empírica con que acompañaba sus tesis (549 páginas en el primer volumen y 826 en el segundo). Las paternidades en el campo de la Historiografía son casi siempre difusas y llevan a no pocas sorpresas, lo que no iba a ser diferente en este caso, aunque lo importante, como decimos en Galicia, es que «a vaca non é de onde nace, senón de onde pace», que podríamos traducir para la ocasión y en interpretación libre, en que tan importante como la idea/teoría es su desarrollo/demostración y en eso a M. Mann poco o nada se le puede reprochar (si acaso, desde nuestra perspectiva, que entre los ejemplos que estudia no incluya el español). Por centrarnos en autores ya citados, J. Kocka en el mismo 1986 en que Mann publicaba el primer volumen de su obra, afirmaba que «se trata de comprender la *relación* entre las estructuras y los procesos, por una parte, y las acciones y las experiencias, por otra, como una relación históricamente variable [...]; no se trata, sin embargo, de negar o ignorar esa relación». Si donde dice estructuras ponemos economía, y en el lugar de las acciones, política, la coincidencia de planteamientos es absoluta. Y no muy diferente era la tesis, ya de 1980, de G. Eley y K. Nield sobre la urgencia de incorporar para la Historia Social el papel de las voluntades de los sujetos y de las actuaciones e instituciones públicas *en relación con* los factores económicos y sociales. En una reflexión sobre la historia del trabajo realizada en 1990, el maestro Kocka resumía con precisión germana esta idea: «[...] la relativización de los paradigmas explicativos de tipo socioeconómico se halla

---

<sup>8</sup> Michael Mann, «El poder autónomo del Estado: sus orígenes, mecanismos y resultados», *Zona Abierta*, 57-58 (1991), pp. 15-50.

suficientemente desarrollada como para repensar la relación entre estructura y acción y, por tanto, el papel de la política, también en relación con la historia del movimiento obrero».

Si avanzamos algo más en el tiempo, y arrimamos el ascua a nuestra sardina, también en trabajos de historiadores españoles se puede constatar con toda claridad la presencia de un sustento teórico para la renovada Historia Política que pivota sobre los principios, solo en apariencia contradictorios, de dependencia y autonomía. Lo expresa con toda claridad Xosé R. Quintana en un trabajo de 1998 realizado en la lengua de Rosalía de Castro: el contexto socioeconómico y cultural condiciona la política (y, en ese sentido, existe una dependencia), pero al tiempo esta mantiene un cierto espacio propio relativamente autónomo. En este sentido, la Historia Política sería una suerte de «híbrido disciplinar» que para manejarse en este terreno intermedio de influencias cruzadas necesita, sin perder sus esencias historiográficas, incorporar de forma crítica conceptos y métodos procedentes de otras ciencias sociales, otro tema, el de los «préstamos disciplinarios», que ha hecho correr ríos de tinta. Por último, y para no alargar de manera innecesaria las referencias, una última cita textual de autor ya mencionado: «actualmente, la renovación de la historia social pasa por el reconocimiento e intento de determinar con precisión el peso causal de lo político en la configuración de lo social» (Santana Acuña, 2006).

#### LA NUEVA HISTORIA POLÍTICA EN LA HISTORIOGRAFÍA ESPAÑOLA

Hasta aquí he intentado explicar el título de la ponencia. En las páginas siguientes se busca realizar una forzosamente rápida excursión genealógica por la evolución de esta renovada Historia Política dentro del espacio que nos es propio, el de la historiografía española, un repaso que, como el realizado hasta ahora, parte de experiencias propias e intransferibles y, en consecuencia, no pretende ser ningún estado de la cuestión: más modestamente intenta ofrecer un punto de vista personal y subjetivo aderezado, eso sí, con algunas referencias que le ofrezcan cuando menos visos de verosimilitud. Un repaso que toma como hilo conductor la propia evolución terminológica de lo que de forma tan imprecisa como lógica se dio en denominar, en un primer momento, «nueva» Historia Política, luego Historia «social» de la Política, Historia «social» del Poder y, últimamente, Historia «cultural» de la Política.

Creo que casi todos podemos estar de acuerdo que en la «longa noite de pedra» («larga noche de piedra») que, en palabras de Celso Emilio Ferreiro, supuso la Dictadura franquista, la Historia Política en España gozó de «buena salud» y de una producción marcada por las señas más tradicionales de la especialidad que tanto se habían esforzado por criticar y superar otras historiografías europeas

como la francesa, la alemana, la inglesa o la italiana<sup>9</sup> desde la finalización de la Segunda Guerra Mundial. El subjetivismo, el idealismo, la intencionalidad de los actores, la exaltación del «gran hombre» forjador de la Historia, el personalismo, el lugar común del héroe clarividente «adelantado a su tiempo», el narrativismo en su versión más plana, el elitismo mal entendido, una erudición que a menudo se consumía en sí misma o un recurrente y cansino recurso al voluntarismo, eran elementos presentes en muchas de las obras de posguerra consecuencia de la quiebra brusca con la tradición historiográfica liberal y republicana. Unas líneas de fuerza, por cierto, que no sin sorpresa y perplejidad todavía podemos encontrar en trabajos relativamente recientes sobre Historia Política, escritos como si desde Langlois y Seignobos la historiografía hubiese permanecido varada en una playa desierta de alguna isla perdida en medio del océano sin ni siquiera el consuelo de un Viernes con el que compartir los cocos. Desde el punto de vista de la reflexión historiográfica sobre la Historia Política, la situación comienza claramente a variar desde mediados-finales de los años ochenta, pero en la práctica del oficio de historiador la superación de las marcas del franquismo historiográfico se había iniciado mucho antes. Aquí las citas son casi innecesarias por sobradamente conocidas. La de Miguel Artola es inexcusable, con títulos hoy ya clásicos no por viejos si no por imprescindibles<sup>10</sup> que arrancan de *Los afrancesados* (1953), pasan por *Los orígenes de la España contemporánea* (1959) y continúan, para lo que ahora nos interesa, por una década de los setenta plena de publicaciones fundamentales: *La burguesía revolucionaria* (1973), *La burguesía conservadora* (1973), *Partidos y programas políticos* (1974-5), *Antiguo Régimen y Revolución Liberal* (1978). A su lado, Tuñón de Lara (*La España del siglo XIX*, 1961; *La España del siglo XX*, 1966; *Historia y realidad del poder*, 1967; *Estudios sobre el siglo XIX español*, 1971; *Sociedad, política y cultura en la España de los siglos XIX y XX*, 1975), Gil Novales (*Las sociedades patrióticas*, 1975; *El Trienio Liberal*, 1980), Jover Zamora (*Política, diplomacia y humanismo popular: estudios sobre la vida española en el siglo XIX*, 1976; *El siglo XIX en España: doce estudios*, 1974, como director) o mi paisano (lo siento por los amigos aragoneses) Juan José Carreras, impulsor fundamental de los estudios de Historia de la Historiografía en España. Fuera de estos intocables (y de otros que, inevitablemente, quedan en el

<sup>9</sup> Una Italia injustamente relegada en las páginas anteriores, pero es que el tiempo para las palabras y el espacio para las letras está siempre tasado y obliga a cometer injusticias poco menos que imperdonables con autores como B. Croce, C. Ginzburg, G. Levi, P. Pombeni, R. Romanelli, A.M. Banti o mi admirado y poco conocido en España L. Musella. Leerlos en la Biblioteca Comunale del Archiginnasio y en la de la Università degli studi di Bologna fue en su día un enorme placer intelectual.

<sup>10</sup> «[...] También los historiadores tienen sus clásicos, que lo son porque su lectura y su magisterio han podido atravesar diversas épocas, y porque mantienen alguna vigencia y significado en nuestro tiempo y por encima (antes y después) del mismo»: Carlos Forcadell, «La historia social, de la “clase” a la “identidad”», en Elena Hernández Sandoica y Alicia Langa (eds.), *Sobre la historia actual. Entre política y cultura*, Abada, Madrid, 2005, pp. 15-16.

tintero) creo que también es de justicia historiográfica mencionar las aportaciones tanto de R. Carr (*Spain, 1808-1939*, de 1966; *Modern Spain, 1875-1980*, de 1980) como de sus discípulos José Varela Ortega (*Los amigos políticos*, 1977) y Joaquín Romero Maura (así como la figura de J. Tusell y su imprescindible *Oligarquía y caciquismo en Andalucía*, 1976), cuyas estancias inglesas permitieron la recepción en España de un concepto que se ha demostrado muy útil en la renovación de la Historia Política como es el de clientelismo político, como todos no exento de polémicas, ayer y hoy.

Desde finales de los ochenta, y como demuestran varios trabajos dedicados al tema (Vázquez de Prada *et al.*, *La historiografía en Occidente desde 1945. Actitudes, tendencias y problemas metodológicos*, 1985; en el primer congreso de la Asociación de Historia Contemporánea, 1992; en el encuentro inaugural de Historia a Debate, 1993; en el monográfico de la revista *Historia Contemporánea* dedicado a «La nueva historia política» con una clarificadora presentación de Tuñón de Lara, 1993...), la historiografía española asume como propia la revalorización de la Historia Política también en el ámbito de la reflexión teórica y metodológica. Las referencias de partida son básicamente dos. Por un lado, una siempre influyente corriente que llega del otro lado de los Pirineos, que si en las décadas anteriores por vía de Pierre Vilar había resultado decisiva para la acogida de los vientos annalistas en la Historia Social española amalgamados con un marxismo humanista a lo Thompson (con la figura de Vicens Vives en primer término), ahora aportaba las energías que en el país vecino habían permitido la revalorización de la Historia Política, por más que en algunos casos las prevenciones ante la influencia de R. Rémond y sus discípulos fuesen manifiestas al tiempo que bien argumentadas (Mina, 1993).<sup>11</sup> Por otro, la pegada anglosajona de la teoría de la modernización, deudora de debates de procedencia politológica y que queda clara en la aportación de Teresa Carnero al primer congreso de la AHC (1992, publicada en 1996) y en su trabajo de edición en *Modernización, desarrollo político y cambio social* (1992). En general, en estas y otras reflexiones domina la idea del retorno, de la vuelta de la Historia Política en la línea de lo señalado para la narrativa por Stone años atrás, pero con un énfasis especial en la recuperación del papel del sujeto individual y colectivo, de una (cierta) autonomía del sujeto perdida en medio de estructuralismos de comportamiento despótico que durante años le habían negado protagonismo y minusvalorado su aportación al discurrir histórico. Al mismo tiempo, se hacía constar que la política como objeto

<sup>11</sup> Son también muy interesantes los comentarios críticos que respecto de la práctica de la Historia Política en España desde los años ochenta realiza Hernández Sandoica (2002), en los que desde luego pocas cabezas quedan en los titeres. En sentido similar, Amelang («la mayor parte de la historia política sigue siendo la historia política de siempre», 2008, p. 133) o Fontana («La mayor parte de la historia política de los tiempos contemporáneos ha dejado de identificarse con las biografías de los monarcas, pero solo lo ha hecho para ocuparse de los políticos, los partidos y las instituciones oficiales», 2001, p. 329).

de estudio había regresado con fuerza al primer plano y que formaba parte, sin complejos, de la agenda actualizada de la investigación histórica. Trabajos como los recogidos más atrás lo demostraban, al igual que toda una serie de investigaciones de historiadores que iniciaban sus carreras a finales de los setenta y que elegían como temas el estudio de la Milicia Nacional madrileña (Pérez Garzón, 1978), la revolución burguesa y su impacto en la política municipal (Concepción de Castro, 1979), los primeros partidos políticos (Marichal, 1980) o las elecciones (Martínez Cuadrado, 1969).

De la idea de la Historia Política como simple recuperación, como *revival*, e incluso con cierto matiz despectivo, como «moda», se pasa con rapidez a apellidarla ya como «nueva» historia política para marcar distancias con las producciones, que en la historiografía española nunca habían desaparecido, más cercanas a una escritura de la historia del estilo de un Melchor Fernández Almagro, por poner un ejemplo bien conocido. Se comienza a hablar de una Historia «social» de la Política, una denominación que busca conectar dos aspectos de la realidad histórica, lo social y lo político, y de indagar en sus interrelaciones. La atención al contexto social en el que se mueven los políticos pasa a ser prioritaria, así como a las relaciones sociales que enmarcan su actividad y que la condicionan tanto como ayudan a explicarla: las investigaciones de los orígenes familiares, de las redes de parentesco, de la formación académica, de los círculos de sociabilidad (formales e informales), del patrimonio y la actividad económica, de la ubicación en redes políticas informales (clientelas y facciones)... ocupan el primer puesto en la escena y acaban, definitivamente, con las alusiones tan caras unos años atrás al político extraordinario, siempre adelantado a su tiempo (confieso que nunca he entendido esta expresión), *self made man* en versión española y de actuación no condicionada por el medio social de referencia. La inmersión del individuo en el magma social en que se mueve vacuna a la Historia Política de la enfermedad del excepcionalismo, y obliga a bucear en los condicionantes sociales que marcan su trayectoria, pero sin caer en sociologismos burdos ni en planos determinismos estructuralistas.

Un paso adelante se produce en el momento en que la Historia social de la Política pasa a entenderse como Historia social del «Poder», lo que implica una apertura del campo de estudio tan evidente como arriesgada y un tanto imprecisa, en función de la difícil categorización de un concepto como «poder», objeto de cientos de reflexiones desde las ciencias humanas y sociales (desde Marx hasta Lukes, pasando por Mosca, Weber, Arendt, Wallerstein, Schmitt, Foucault, J.C. Scott, Beck, Roth, Tarrow, Tilly, Bartra y tantos otros) pero realmente difícil de aprehender y muy esquivo a los intentos de encapsulamiento terminológico (aquí las aportaciones señaladas de M. Mann me parecen fundamentales y muy clarificadoras). No siempre con la necesaria reflexión sobre sus contenidos, formas y fronteras, el tema del poder aparece de manera recurrente en estudios que solo

unos años atrás se ocupaban en exclusiva de la política en su versión más estrictamente institucional o ideológica.<sup>12</sup> A partir de este momento, que con muchas prevenciones podríamos situar a mediados de los años noventa,<sup>13</sup> los préstamos conceptuales y metodológicos de la sociología, la ciencia política y la antropología se hacen más evidentes en la historiografía española, y conceptos como acción y violencia colectiva, movilización de recursos, teoría de redes (*network analysis*), poder difuso y poder relacional, nociones como estrategia(s) de reproducción social, racionalidad limitada, estructura de oportunidad política, o visiones de la sociedad asentadas en teorías que hablaban de una pluralidad de poderes interconectados y segmentados... dejan de resultar extraños en las investigaciones sobre Historia Política. De forma muchas veces más implícita que explícita, y casi siempre a partir de un elenco reducido pero selecto de referencias intelectuales (como mínimo las recogidas más atrás), un nuevo lenguaje y una nueva conceptualización se abren paso en algunas investigaciones (no en todas), trabajos que de manera general destacan la autonomía (relativa) de la *agency* frente a los condicionantes estructurales pero sin perder a estos de vista: libros sobre elecciones, diccionarios de parlamentarios y senadores, sobre el «caciquismo» contemplado bajo el prisma del clientelismo político, sobre la construcción del Estado en sus vertientes sociales y territoriales (y no solo institucionales y legales, que también), sobre lo que vagamente comienza a bautizarse como «culturas/identidades» políticas, sobre las movilizaciones sociopolíticas que se generan en la onda expansiva del «Desastre» del 98, etc.

Esta atención a la *agency* y a los personajes, este interés por sus conexiones sociales más inmediatas, por desentrañar las bases de su poder, por descubrir los «intersticios» que en medio de los condicionantes estructurales (siempre presentes) confieren un grado variable de autonomía a su actuación, deriva en una

<sup>12</sup> Un ejemplo entre cientos, y por continuar con la línea subjetiva de mi exposición, Lourenzo Fernández Prieto *et al.* (coords.), *Poder local, élites e cambio social na Galicia non urbana (1874-1936)*, Parlamento de Galicia-Universidade de Santiago, Santiago de Compostela, 1997. Obras recientes que, de forma implícita, entiendo que recogen las nuevas perspectivas sobre el estudio del poder desde la Historia, son la de Salvador Calatayud, Jesús Millán y M.<sup>a</sup> Cruz Romeo (eds.), *Estado y periferias en la España del siglo XIX. Nuevos enfoques*, PUV, Valencia, 2009, o el libro editado por Rafael Zurita y Renato Camurri (eds.), *Las élites en Italia y en España (1850-1922)*, PUV, Valencia, 2008, pero los ejemplos podrían multiplicarse.

<sup>13</sup> Estoy pensando en el trabajo coordinado por Pedro Carasa y publicado en 1997, *Élites castellanas de la Restauración. Una aproximación al poder político en Castilla*, Junta de Castilla y León, Valladolid, 1997, 2 vols., pero también en las breves y jugosas propuestas de J. Suau: «Qui mana? Com? Per què? Estudi de les relacions de poder en las collectivitats rurals», *L'avenç*, 160 (1992), pp. 35-37, o en las de Elisau Toscas y Salvador Cruz Artacho referidas al estudio del poder en las historiografías francesa e italiana, ambas publicadas en el *Noticiero de Historia Agraria*, 2 (1991), pp. 113-122 y 123-128, respectivamente. En otra línea diferente pero a la vez convergente, Santos Juliá, *Historia social/sociología histórica*, Siglo XXI, Madrid, 1989, o Julián Casanova, *La historia social y los historiadores. ¿Cenicenta o princesa?*, Crítica, Barcelona, 1991. Una vez más, elecciones personales, subjetivas e intransferibles y quizá solo comprensibles desde la trayectoria de quien escribe estas líneas.

mirada que cada vez más se concentra en espacios reducidos, locales, donde la complejidad de las tramas de poder puede ser observada de cerca y así desentrañar las densas interrelaciones que se producen entre política, economía, sociedad y, cada vez más, cultura.<sup>14</sup> El ojo escrutador dirigido hacia espacios bien delimitados (un reflejo indirecto de la microhistoria italiana) permite la revalorización cada vez más evidente de los hombres y las mujeres habitantes y constructores de esos espacios, y así devolverles un protagonismo político habitualmente negado por el dominio de concepciones de la política y de lo político rígidamente descendentes (en este caso derivadas del regeneracionismo costista y de su *Oligarquía y caciquismo*): se pasa así de comunidades locales limitadas a recibir el impacto de medidas políticas tomadas en el centro, a comunidades que generan peticiones y respuestas dirigidas hacia los cenáculos del poder, con lo que se establece una relación dialéctica y bidireccional que complica y enriquece el estudio de la penetración del Estado contemporáneo en el territorio. La «escuela aragonesa» fue de las que primero y mejor recogió estos planteamientos: el trabajo de C. Romero, el de C. Frías y M. Trisán o el coordinado por P. Rújula e I. Peiró son buena muestra de ello.<sup>15</sup>

Para finalizar ya unas reflexiones que se alargan en exceso, quisiera realizar tres o cuatro acotaciones muy breves y muy sumariamente presentadas. Hoy la Historia Política está de plena actualidad en el panorama historiográfico español.<sup>16</sup> Monográficos de la revista *Ayer*, la aparición en 1999 de la revista *Historia y Política*, el reciente monográfico de *Historia Agraria* sobre «Política y campesinado en España» de 2006 y su continuación un año después,<sup>17</sup> la inclusión en el próxi-

<sup>14</sup> Aquí hay varias referencias personalmente imprescindibles que no puedo dejar de mencionar: Giovanni Levi, *La herencia inmaterial. La historia de un exorcista piemontés del s. XVII*, Nerea, Madrid, 1990; Justo Serna y Anacleto Pons, *Cómo se escribe la microhistoria. Ensayo sobre Carlo Ginzburg*, Cátedra, Madrid, 2000; Joseba Agirreazkuenaga y Miquel Urquijo (eds.), *Storia locale e microstoria: due visioni in confronto*, UPV/EHU, Bilbao, 1993; Juan Pro, «Las élites de la España liberal: clases y redes en la definición del espacio local (1808-1931)», *Historia Social*, 21 (1995), pp. 47-69; Eliseu Toscas, *L'estat i els poders locals a la Catalunya del segle XIX. Una visió des de Sarrià (1780-1860)*, Publicacions de l'Abadia de Montserrat, Barcelona, 1997; Fortunata Piselli (a cura di), *Reti. L'analisi di network nelle scienze sociali*, Donzelli, Roma, 1995; Raffaele Romanelli, *Il comando impossibile. Stato e società nell'Italia liberale*, Il Mulino, Bologna, 1988; Luigi Musella, *Individui, amici, clienti. Relazioni personali e circuiti politici in Italia meridionale tra Otto e Novecento*, Bologna, Il Mulino, 1994; Alberto M. Banti, *Storia della borghesia italiana. L'età liberale*, Donzelli, Roma, 1996; Jean-Pierre Jessenne, *Pouvoir au village et révolution: Artois, 1760-1840*, PUL, Lille, 1987; Frank O'Gorman, *Voters, Patrons and Parties: the Unreformed Electoral System of Hanoverian England, 1734-1832*, Clarendon, Oxford, 1989...

<sup>15</sup> Carmelo Romero, «La suplantación campesina de la ortodoxia electoral», original de 1989; Carmen Frías y Miriam Trisán, *El caciquismo altoaragonés durante la Restauración: elecciones y comportamientos políticos en la provincia de Huesca, 1875-1914*, IEA, Huesca, 1987; Pedro Rújula, Ignacio Peiró (coords.), *La Historia local en la España contemporánea*, L'avenç, Barcelona, 1999.

<sup>16</sup> Jordi Canal y Javier Moreno Luzón (eds.), *Historia cultural de la política contemporánea*, CEPC, Madrid, 2009.

<sup>17</sup> *Historia Agraria*, 38 (2006) y 41 (2007).

mo congreso de la SEHA (Sociedad Española de Historia Agraria, 2011) de un apartado dedicado a «Politización, democracia y mundo rural en Europa y América», o las muchas investigaciones que se adscriben a este campo (con una presencia cada vez mayor de la Historia del Presente, con el franquismo y la Transición como temas estrella, por no hablar de la Memoria) así lo acreditan. Cuidado con el «todo político» tan del gusto de Rémond y sus seguidores o de P. Rosanvallon: presenta tendencias invasivas potencialmente peligrosas (igual que el «todo cultural»). Exagerar la autonomía de lo político y menospreciar los factores limitativos y condicionantes de origen social y económico, será una simple vuelta de la tortilla que nos llevaría a repetir, en sentido inverso, algunos de los errores más groseros de los estructuralismos de los años cincuenta y sesenta. Crear corsés prefabricados, ahora políticos o culturales, dejaría fuera infinidad de evidencias empíricas de carácter socioeconómico que condicionaron y siguen condicionando al sujeto (individual y colectivo), y un flaco favor haríamos a la concepción de la Historia como ciencia social con semejantes exclusiones.

Hay que prestar más atención a la conceptualización en Historia Política. Entre otros, J. Beramendi lleva años advirtiéndolo, y muy recientemente lo ha hecho J. Fernández Sebastián.<sup>18</sup> Más tiempo, más reflexión y más espacio es necesario para definir y clarificar los conceptos que empleamos y evitar diálogos de besugos. Al hablar de «poder», de «política», de «politización», debemos saber a qué nos estamos refiriendo para propiciar sinergias enriquecedoras entre nosotros mismos y con otras historiografías. No resulta fácil, porque, como ocurre con todas las ciencias humanas y sociales, el componente humano torna complicada la creación y asunción consensuada de definiciones cerradas para identificar sus acciones, pero sí debería ser posible llegar a algún tipo de mínimo común denominador sobre los significados (múltiples y cambiantes: no puede ser de otra forma al tratar de Historia, «la ciencia de los hombres en el tiempo» en palabras de Marc Bloch<sup>19</sup>) que encierran, a algún acuerdo de mínimos del que partir para poder desarrollar intercambios de opinión, debates y discusiones en los que todos los participantes sepan cuáles son los límites (flexibles, cambiantes, variables, pero existentes) en los que se deben mover: locuciones de uso común en la jerga historiográfica como «cultura política», como «clientelismo político» o como «élites de poder» deberían gozar de un mínimo consenso de partida en cuanto a sus significados y contenidos, para que posteriormente la investigación y la reflexión

<sup>18</sup> Justo Beramendi, *La historia política: algunos conceptos básicos*, Tórculo, Santiago, 1999; *id.*, «Las cosas tras los nombres. Semántica y política en la cuestión nacional», en José Álvarez Junco, Justo Beramendi y Ferran Requejo, *El nombre de la cosa. Debate sobre el término nación y otros conceptos relacionados*, CEPC, Madrid, 2005, pp. 79-102; Javier Fernández Sebastián, «Conceptos y metáforas en la política moderna. Algunas propuestas para una nueva historia político-intelectual», en J. Canal y J. Moreno (eds.), *Historia cultural*, pp. 11-30.

<sup>19</sup> Marc Bloch, *Introducción a la Historia*, FCE, México, 1988, p. 40.

internacionales vayan cargándolos de una mayor precisión conceptual y, por supuesto, de una mayor complejidad (porque la misma realidad es compleja y cambiante y casi nunca es posible encontrar para ella respuestas simples). En el caso, por ejemplo, del término «clientelismo político» creo que ya existe ese mínimo común denominador gracias a los esfuerzos conceptuales de los últimos años (Moreno Luzón, Windler, Cruz Artacho, Garrido Martín, Varela Ortega, Pro, Zurita...; R. Máiz desde la politología) y, sin que ello por supuesto suponga el final de las controversias sobre su utilidad y su capacidad para comprender/explicar determinados comportamientos humanos, hoy podemos discutir sobre el clientelismo político y sus variantes en el ancho mundo sabiendo todos de qué estamos hablando. En cualquier caso, y como los consensos son siempre complicados de alcanzar, lo que sí parece exigible a todo historiador de la política es que clarifique los términos y contenidos de los conceptos que utiliza, a fin de que el sufrido lector sepa a qué se está refiriendo cuando argumenta sobre un «proceso de politización», cuando habla de la importancia del «capital social» en la configuración de apoyos electorales, cuando se refiere con asiduidad a la «movilización de recursos», cuando señala la transición de una «cultura política» tradicional a otra moderna o, en fin, a qué se refiere cuando, mismamente, habla de «política». Por parafrasear a J. Serna y A. Pons, aclarar «de qué hablamos cuando hablamos de»... política parece un requisito asumible, máxime cuando todos sabemos que las conclusiones de nuestros trabajos están directamente relacionadas con el sentido que damos a los conceptos que empleamos como herramientas para capturar una realidad huidiza que busca siempre escapar a nuestra comprensión.<sup>20</sup>

Entre los conceptos de más éxito en los últimos años está el de Cultura Política (de «atrapalotodo» lo ha tildado Fernández Sebastián en su trabajo citado más arriba). Un concepto que algunos creemos útil para acercarnos a las creencias, ideas, lugares comunes y sentimientos políticos más básicos y más simples de un amplio conjunto de la población.<sup>21</sup> El problema, como bien ha visto Fernández

<sup>20</sup> Un ejemplo entre cientos: si uno intenta acercarse a la comprensión del proceso de politización rural en la España del siglo XIX a partir de un concepto de la política vinculado a la existencia organizativa de partidos de ámbito nacional, campañas con *meetings* a la inglesa y a la presentación explícita de argumentos ideológicos, puede llegar a la «sorprendente» conclusión de que no hay política en los campos; si la aproximación, por el contrario, parte de una concepción más plural de la política como gestión de los asuntos públicos, e incluye aquí la posibilidad de participar por la vía de clientelas y facciones, la presencia de incentivos selectivos y materiales más que ideológicos, y la compatibilidad entre un marcado interés por la vida política local y un mayor alejamiento frente a la estatal, podemos encontrar la presencia, también sorprendente para algunos, de una intensa vida política en el rural español. El concepto de partida es aquí fundamental, y condiciona por completo tanto la investigación como sus resultados.

<sup>21</sup> No estoy muy de acuerdo con Javier de Diego cuando afirma que «la reflexión teórica y metodológica que ha acompañado a la incorporación del concepto (se refiere al de cultura política) resulta a nuestro parecer insuficiente»: «Lenguaje y cultura política: algunas consideraciones sobre teoría y método», en J. Canal y J. Moreno (eds.), *Historia cultural*, p. 31. Si lo que pretende dar a entender es que se nece-

Sebastián, son sus tendencias invasivas, su afán de abarcarlo todo y de querer explicarlo todo, aunque en realidad el problema está más bien en los que lo utilizamos y lo hacemos sin las mínimas precauciones y de forma bastante alegre y poco comedida. Como cualquier otra herramienta, y más si procede de un ámbito, el de la Ciencia Política, entre cuyos practicantes tampoco existe unanimidad en lo que hace a su valoración y utilidad, presenta defectos y limitaciones, y haríamos bien en hacer caso de advertencias de colegas que la han empleado con anterioridad. Es el caso, por ejemplo, de Sudhir Hazareesingh, que insiste en que no todo lo político es también cultural (y viceversa),<sup>22</sup> en el peligro de sustituir lo real por lo simbólico, lo imaginario y lo representacional,<sup>23</sup> y en las amenazas de la sobreinterpretación y la sobrevaloración de los textos (que, por ejemplo, podría llevar a subestimar el peso político del bonapartismo frente al liberalismo de matriz orleanista simplemente por haber producido menos textos).<sup>24</sup>

Esta mención a la Cultura Política lleva de la mano a las voces que últimamente llaman a investigar sobre la Historia cultural (ya no social) de la Política, sobre

---

sita *más* reflexión, completamente de acuerdo; pero si lo que intenta argumentar es que ha habido *poca* reflexión, entonces disentimos. Él mismo ha dedicado páginas y esfuerzos al asunto, y los autores que cita en su trabajo también. Es una lástima que no haya incluido entre sus referencias a Francisco J. Caspietegui («La llegada del concepto de cultura política a la historiografía española», en Alberto Sabio *et al.*, coords., *Usos de la historia y políticas de la memoria*, PUZ, Zaragoza, 2004, pp. 167-185), Justo Beramendi (*La historia política*; o «La cultura política como objeto historiográfico. Algunas cuestiones de método», en Celso Almuíña *et al.*, *Culturas y civilizaciones. III Congreso de la AHC*, Universidad, Valladolid, 1998, pp. 75-94), la reciente aportación de Demetrio Castro («Sobre líderes, élites y cultura(s) política(s)», *Ayer*, 65 [2007], pp. 295-313), el también reciente monográfico de la revista *Ayer* coordinado por Miguel Á. Cabrera titulado «Más allá de la historia social» y que incluye un trabajo nada menos que de Keith M. Baker («El concepto de cultura política en la reciente historiografía sobre la Revolución Francesa», *Ayer*, 62 [2006], pp. 89-110), o el muy documentado artículo de Álvaro Santana («Entre la cultura, el lenguaje, lo "social" y los actores: la nueva historiografía anglófona sobre la Revolución Francesa», *Historia Social*, 54 [2006], pp. 157-181). Las referencias incluso se podrían aumentar, pero sería caer en la trampa de la vana erudición. No creo, en suma, que haya faltado reflexión; otra cosa, como ha señalado certeramente Demetrio Castro, es el uso que se ha dado del concepto.

<sup>22</sup> No me resisto a reproducir el ejemplo que presenta: la evolución de la higiene personal y, en concreto, de ese invento tan francés que es el bidé, forma parte de la historia cultural, pero no de la historia política. Por supuesto, tampoco todo es historia social (Kocka, 2008, p. 162).

<sup>23</sup> Como dice José A. Piqueras, «Robinson Crusoe no existió ni fueron reales sus aventuras. Al menos no tuvo la existencia fuera de la ficción que concedemos, por ejemplo, a Daniel Defoe. Si no somos capaces de discernir la diferencia quizá debiéramos dedicarnos a otra profesión», *vid.* «El dilema de Robinson y las tribulaciones de los historiadores sociales», *Historia Social*, 60 (2008), p. 80. Tampoco me resisto a incluir aquí, y pido disculpas anticipadas, una frase célebre de la película *Rocky IV* (1985) que creo ejemplifica muy bien la tendencia a ignorar lo real, lo físico y hasta lo evidente propia de algunos discursos para los que, en apariencia, solo lo verbal existe: el *¡No hay dolor, no hay dolor, no hay dolor!* que repitió Rocky Balboa ante la evidencia de la paliza, física y no verbal, que estaba padeciendo recuerda esta situación. Ya en su día, Josep Fontana aclaró a los despistados que el hambre era una lacra muy real de la historia de la Humanidad mucho antes de que la ONU la definiese conceptualmente y le diese un contenido discursivo. Reitero mis disculpas y, de nuevo, me remito a la ya manoseada nota 1.

<sup>24</sup> Sudhir Hazareesingh, «L'histoire politique face à l'histoire culturelle: état des lieux et perspectives», *Revue Historique*, 642 (2007), pp. 355-368.

los aspectos culturales (representacionales, simbólicos, emotivos, discursivos) de la acción y la actividad política, y esto tanto a nivel de las élites como del pueblo raso.<sup>25</sup> El reto, sobre todo en lo que se refiere a este último aspecto, está ahí; sería bueno que lo asumiésemos evitando las trampas del «todo político» o del «todo cultural», y que hiciésemos caso de las sabias palabras de Javier Ugarte, cuando señala que la nueva historia cultural —y, me permito añadir, política— debería integrarse en el grupo de las que buscan «establecer la compleja relación que existe entre las estructuras globales y los grandes procesos, con la praxis de los sujetos concretos, sus experiencias y los modos de comportamiento de los *afectados*».

## BIBLIOGRAFÍA

- AGUIRRE ROJAS, C.A., «La historiografía occidental en el año 2000: elementos para un balance global», *Obradoiro de Historia Moderna*, 10 (2001), pp. 143-171.
- *La Escuela de Annales: ayer, hoy y mañana*, Montesinos, Barcelona, 1999.
- *La historiografía en el siglo XX: historia e historiadores entre 1848 y ¿2025?*, Montesinos, Barcelona, 2009.
- ALVARADO, J. (COORD.), *Poder, economía, clientelismo*, Marcial Pons, Madrid, 1997.
- ÁLVAREZ, A. *et al.* (COORDS.), *El siglo XX: balance y perspectivas*, Fundación Cañada Blanch, Valencia, 2000.
- AMELANG, J., «En estado frágil», *Historia Social*, 60 (2008), pp. 131-138.
- ANDRÉS-GALLEGO, J. (COORD.), *Historia de la historiografía española*, Encuentro, Madrid, 2004.
- ARON, R., *Lecciones sobre la historia*, FCE, México, 1996.
- BARROS, C. (ED.), *Historia a Debate*, HAD, Santiago de Compostela, 1995, 3 vols.
- «La nouvelle histoire y sus críticos», *Manuscrits*, 11 (1991), pp. 83-114.
- BERAMENDI, J., «La cultura política como objeto historiográfico: algunas cuestiones de método», en C. Almuiña *et al.*, *Culturas y Civilizaciones. III Congreso de la AHC*, Universidad, Valladolid, 1998, pp. 75-94.
- «Los nacionalismos como objeto de estudio: algunas cuestiones de método», en Hernández Sandoica y Landa (eds.), *cit.*, pp. 119-163.
- y M.J. BAZ (COORDS.), *Identidades y memoria imaginada*, PUV, Valencia, 2008.
- BERMEJO, J.C., *Pensa-la historia. Ensaos de historia teórica*, Ir Indo, Vigo, 2000.

---

<sup>25</sup> J. Canal y J. Moreno (eds.), *Historia cultural*; Pedro Carasa, «Hacia una historia cultural de las élites», en Antonio Rivera, José M.<sup>a</sup> Ortiz de Orruño y Javier Ugarte (eds.), *Movimientos sociales en la España contemporánea*, Abada-UPV/EHU-AHC, Madrid, 2008, pp. 11-57; Javier Ugarte, «Sobre la nueva historia cultural: entre el «giro cultural» y la ampliación del conocimiento histórico», en Elena Hernández Sandoica y Alicia Langa (eds.), *Sobre la historia actual. Entre política y cultura*, Abada, Madrid, 2005, pp. 229-283.

- BERSTEIN, S., «La culture politique», en Rioux y Sirinelli (dirs.), *cit.*, pp. 371-386.
- (dir.), *Les cultures politiques en France*, Seuil, París, 1999.
- y P. MILZA (dirs.), *Axes et méthodes de l'histoire politique*, PUF, París, 1998.
- BLOCKMANS, W.P., «La nouvelle histoire politique», en VV.AA., *L'histoire et ses méthodes*, PU de Lille, Lille, 1981.
- BORIS, E., «On the Importance of Naming: Gender, Race and the Writing of Policy History», *Journal of Policy History*, 17 (2005), pp. 72-92.
- BOURQUIN, L., y Ph. HAMON. (dirs.), *La politisation. Conflits et construction du politique depuis le Moyen Âge*, PUR, Rennes, 2010.
- BURKE, P., *La revolución historiográfica francesa: la Escuela de los Annales, 1928-1989*, Gedisa, Barcelona, 1993.
- *¿Qué es la historia cultural?*, Paidós, Barcelona, 2005.
- CANAL, J., «Admoniciones, mitos y crisis. Reflexiones sobre la influencia francesa en la historiografía contemporánea española a finales del siglo XX», en Pellistrandi (ed.), *cit.*, pp. 337-362.
- «Maurice Agulhon: Historia y compromiso republicano», *Historia Social*, 29 (1997), pp. 47-92.
- y J. MORENO (eds.), *Historia cultural de la política contemporánea*, CEPC, Madrid, 2009.
- CARASA, P., «El giro local», *Alcores. Revista de historia contemporánea*, 3 (2007), pp. 13-35.
- CARNERO, T., «La recuperación de la historia política», en Esteban de Vega y Morales (eds.), *cit.*, pp. 173-182.
- (ed.), *Modernización, desarrollo político y cambio social*, Alianza, Madrid, 1992.
- CARRERAS, J.J., «"Bosques llenos de intérpretes ansiosos" y H.G. Gadamer», en Hernández Sandoica y Langa (eds.), *cit.*, pp. 205-227.
- *Razón de historia: estudios de historiografía*, Marcial Pons-PUZ, Madrid, 2000.
- «Teoría y narración en la historia», *Ayer*, 12 (1993), pp. 17-27.
- CASTILLO, S. (coord.), *La historia social en España. Actualidad y perspectivas*, Siglo XXI, Madrid, 1991.
- CEFAÍ, D. (dir.), *Cultures politiques*, PUF, París, 2001.
- CHARTIER, R., *El mundo como representación. Estudios sobre historia cultural*, Gedisa, Barcelona, 1992.
- CIRUJANO, P., T. ELORRIAGA, y J.S. PÉREZ GARCÍA, *Historiografía y nacionalismo español (1834-1968)*, Centro de Estudios Históricos, Madrid, 1985.
- CLAVERO, B., *Tantas personas como estados. Por una antropología política de la historia europea*, Tecnos, Madrid, 1986.
- COHEN, A., y R.G. PEINADO (eds.), *Historia, historiografía y ciencias sociales*, Universidad, Granada, 2007.

- COLEMAN, J. (dir.), *L'individu dans la théorie politique et dans la pratique*, PUF, París, 1999.
- DÉLOYE, Y., *Sociologie historique du politique*, La Découverte, París, 1996.
- DEZAN, S., «What's after Political Culture? Recent French Revolutionary Historiography», *French Historical Studies*, 23 (2000), pp. 163-196.
- DIEGO ROMERO, J. de, «Lenguaje y cultura política: algunas consideraciones sobre teoría y método», en Canal y Moreno (eds.), *cit.*, pp. 31-42.
- DOSSE, F., *L'histoire en miettes*, Presses-Pocket, París, 1997.
- ELEY, G., *Una línea torcida. De la historia cultural a la historia de la sociedad*, PUV, Valencia, 2005.
- y K. NIELD, «Why does Social History Ignore Politics?», *Social History*, 5 (1980), pp. 249-271.
- FONTANA, J., *Historia: análisis del pasado y proyecto social*, Crítica, Barcelona, 1982.
- *La historia de los hombres*, Crítica, Barcelona, 2001.
- *La historia después del fin de la historia*, Crítica, Barcelona, 1992.
- *et al.*, *Passat i present, claus d'interpretació*, Universitat-Ajuntament de Girona, Girona, 2001.
- FORCADELL, C., e I. PEIRÓ (coords.), *Lecturas de la Historia. Nueve reflexiones sobre la historia de la historiografía*, Institución Fernando el Católico, Zaragoza, 2001.
- FORMISANO, D.P., «The Concept of Political Culture», *Journal of Interdisciplinary History*, 31-3 (2001), pp. 398-403.
- GELLNER, E., *Antropología y política*, Gedisa, Barcelona, 1997.
- GENOVESE, E.F., y D. GENOVESE, «La crisis política de la historia social», *Historia Social*, 1 (1988), pp. 77-110.
- GIL PUJOL, X., *Tiempo de política. Perspectivas historiográficas sobre la Europa moderna*, Universitat de Barcelona, Barcelona, 2006.
- GONZÁLEZ HERNÁNDEZ, M.J., «En torno a la recuperación de la historia política. Un análisis concreto: el conservadurismo maurista en la Restauración», en G. Rueda (coord.), *Doce estudios de historiografía contemporánea*, Universidad de Cantabria, Santander, 2001, pp. 211-240.
- GUERRA, F.X., «El renacer de la historia política: razones y propuestas», en J. Andrés-Gallego (dir.), *New History, Nouvelle Histoire. Hacia una nueva historia*, Actas, Madrid, 1993.
- «Pour une nouvelle histoire politique: acteurs sociaux et acteurs politiques», en *Structures et cultures des sociétés ibéro-américaines. Au-delà du modèle socio-économique*, Maison des Pays Ibériques, Burdeos, 1990, pp. 253-264.
- HALL, J.A., y R. SCHROEDER (eds.), *An Anatomy of Power. The Social Theory of Michael Mann*, CUP, Cambridge, 2006.
- HERNÁNDEZ SANDOICA, E., «El presente de la historia y la carambola del historicismo», en Hernández Sandoica y Langa (eds.), *cit.*, pp. 287-322.

- HERNÁNDEZ SANDOICA, E., «La historia política y el contemporaneísmo español», en Pellistrandi (ed.), *cit.*, pp. 147-161.
- *Tendencias historiográficas actuales: escribir historia hoy*, Akal, Madrid, 2004.
- y A. LANGA (eds.), *Sobre la historia actual. Entre política y cultura*, Abada, Madrid, 2005.
- Historia Social* (monográfico: «Formas de hacer historia social»; «¿Qué entendemos hoy por historia social?», 60, 2008.
- HOBBSBAM, E.J., «The Revival of Narrative: Some Comments», *Past and Present*, 86 (1980), pp. 3-8.
- HURET, R., «All in the Family Again? Political Historians and the Challenge of Social History», *Journal of Policy History*, 21-3 (2009), pp. 239-263.
- HUTTON, R., «What is Political History?», en J. Gardiner (ed.), *What is History Today?*, Macmillan, Londres, 1988.
- IGGERS, G.G. (ed.), *The Social History of Politics: Critical Perspectives in West Historical Writing since 1945*, Berg, Dover, 1985.
- *La ciencia histórica en el siglo XX: las tendencias actuales*, Idea Books, Barcelona, 1998.
- JOICE, P., «The Return of History: Postmodernism and the Politics of Academic History in Britain», *Past and Present*, 158 (1998), pp. 207-235.
- «What is the Social in Social History?», *Past and Present*, 206 (2010), pp. 213-248.
- Journal of Interdisciplinary History*, 40-3 (2010): monográfico sobre «Biography and History: Inextricably Interwoven».
- JOVER, J.M. (dir.), *El siglo XIX en España: doce estudios*, Planeta, Barcelona, 1974.
- JUDT, T., «A Clown in Regal Purple: Social History and the Historians», *History Workshop Journal*, 7 (1979), pp. 66-94.
- KETTERING, SH., «The Historical Development of Political Clientelism», *Journal of Interdisciplinary History*, 18 (1988), pp. 419-447.
- KOCKA, J., «Historia social. Un concepto relacional», *Historia Social*, 60 (2008), pp. 159-162.
- *Historia social y conciencia histórica*, Marcial Pons, Madrid, 2002.
- LAZAR, M., «L'histoire politique en France», en Pellistrandi (ed.), *cit.*, pp. 127-145.
- LE GOFF, J., «L'histoire politique est-elle toujours l'épine dorsale de l'histoire?», en *id.*, *Un autre Moyen Âge*, Gallimard, París, 1999, pp. 755-770.
- R. CHARTIER, y J. REVEL (dirs.), *La nouvelle histoire*, Retz-CEPL, París, 1978.
- y P. NORA (dirs.), *Faire de l'histoire*, Gallimard, París, 1974, 3 vols.
- LE ROY LADURIE, E., *Le territoire de l'historien*, Gallimard, París, 1973.
- LUQUE, E., *Antropología política. Ensayos críticos*, Ariel, Barcelona, 1996.
- MACDONALD, T.J. (ed.), *The Historic Turn in the Human Sciences*, University of Michigan Press, Ann Arbor, 1996.

- MINA, M.C., «En torno a la nueva historia política francesa», *Historia Contemporánea*, 9 (1993), pp. 59-92.
- MORADIELLOS, E., *El oficio de historiador*, Siglo XXI, Madrid, 2008.
- *Las caras de Clío: una introducción a la historia*, Siglo XXI, Madrid, 2001.
- MORÁN, M.L., «Sociedad, cultura y política: continuidad y novedad en el análisis cultural», *Zona Abierta*, 77-8 (1996-7), pp. 1-30.
- NOIRIEL, G., *Sobre la crisis de la historia*, Cátedra, Madrid, 1997.
- OLÁBARRI, I., y F.J. CASPISTEGUI (coords.), *La "nueva" historia cultural, la influencia del postestructuralismo y el auge de la interdisciplinariedad*, Universidad Complutense, Madrid, 1996.
- ORSINA, G. (coord.), *Fare storia politica. Il problema dello spazio pubblico nell'età contemporanea*, Soveria Mannelli, Rubbettino, 2000.
- ORTEGA, T.M. (ed.), *Por una historia global. El debate historiográfico en los últimos tiempos*, Universidad de Granada-PUZ, Granada, 2007.
- PANIAGUA, J.L., y J.A. PIQUERAS (eds.), *Poder económico y poder político*, Soler, Valencia, 1998.
- PASAMAR, G., *Historiografía e ideología en la postguerra española. La ruptura con la tradición liberal*, PUZ, Zaragoza, 1991.
- *La historia contemporánea. Aspectos teóricos e historiográficos*, Síntesis, Madrid, 2000.
- e I. PEIRÓ, *Diccionario Akal de historiadores españoles contemporáneos (1840-1980)*, Akal, Madrid, 2002.
- PEDERSEN, S., «¿Qué es la historia política ahora?», en D. Cannadine (ed.), *¿Qué es la historia ahora?*, Almed-Universidad de Granada, Granada, 2005.
- PEIRE, J. (comp.), *Actores, representaciones e imaginarios: homenaje a François-Xavier Guerra*, Universidad Tres de Febrero, Buenos Aires, 2007.
- PELLISTRANDI, B. (ed.), *La historiografía francesa del siglo XX y su acogida en España*, Casa de Velázquez, Madrid, 2002.
- PÉREZ GARZÓN, J.S. et al., *La gestión de la memoria. La historia de España al servicio del poder*, Crítica, Barcelona, 2000.
- PIQUERAS, J.A., «El dilema de Robinson y las tribulaciones de los historiadores sociales», *Historia Social*, 60 (2008), pp. 59-89.
- POIRRIER, Ph. (dir.), *L'histoire culturelle: un «tournant mondial» dans l'historiographie*, Éditions Universitaires de Dijon, Dijon, 2008.
- QUINTANA, X.R., «O poder dos actores: o renacemento da historia política», *A Trabe de Ouro*, 36 (1998), pp. 459-480.
- RÉMOND, R., «Le retour du politique», en A. Chauveau, y Ph. Tétard (dirs.), *Questions à l'histoire du temps présent*, Complexe, Bruselas, 1992, pp. 55-64.
- REVEL, J. (dir.), *Jeux d'échelles. La micro-analyse à l'expérience*, Gallimard-Le Seuil, París, 1996.

- REVEL, J. (dir.), *Las construcciones francesas del pasado. La escuela francesa y la historiografía del pasado*, FCE, Buenos Aires, 2002.
- RIAL, J., y C. SIXIREI, *O Estado e a Política en tempos de globalización*, Ir Indo, Vigo, 2006.
- RIOT-SARCEY, M., «Événement et utopie. Sur l'histoire politique du XIX siècle», *Cahiers d'histoire*, 2 (1997), pp. 317-337.
- RIOUX, J.P., y J.F. SIRINELLI (dirs.), *Pour une histoire culturelle*, Seuil, París, 1997.
- RIQUER, B. de, «Consideraciones sobre la historiografía política de la Restauración», en A. Reig., J.L. de la Granja, y R.F.J. Miralles (coords.), *Tuñón de Lara y la historiografía española*, Siglo XXI, Madrid, 1999, pp. 123-142.
- ROMEO, M.C., e I. SAZ (eds.), *El siglo XX. Historiografía e historia*, PUV, Valencia, 2002.
- SÁNCHEZ LEÓN, P., y J. IZQUIERDO MARTÍN (eds.), *El fin de los historiadores. Pensar históricamente en el siglo XXI*, Siglo XXI, Madrid, 2008.
- SANTANA ACUÑA, A., «Entre la cultura, el lenguaje, lo "social" y los actores: la nueva historiografía anglófona sobre la Revolución Francesa», *Historia Social*, 54 (2006), pp. 157-182.
- SCHMIDT-NOWARA, CH., «Las plantillas rotas de la historia: ¿qué viene después del giro lingüístico?», *Historia Social*, 63 (2009), pp. 169-173.
- SCOTT, J., *Social Network Analysis*, Sage, Londres, 1991.
- SERNA, J., y A. PONS, «El ojo de la aguja. ¿De qué hablamos cuando hablamos de microhistoria?», *Ayer*, 12 (1993), pp. 93-133.
- SIRINELLI, J.F., «Le retour du politique», en R. Franck (dir.), *Écrire l'histoire du temps présent*, CNRS-IHTP, París, 1993, pp. 263-274.
- y B. GUENÉE, «L'histoire politique», en F. Bédarida (dir.), *L'histoire et le métier d'historien en France (1945-1995)*, Maison des Sciences de l'Homme, París, 1995, pp. 301-312.
- SOMERS, M.R., «¿Qué hay de político o de cultural en la cultura política y en la esfera pública? Hacia una sociología histórica de la formación de conceptos», *Zona Abierta*, 77-8 (1996-7), pp. 31-94.
- SOUTO, S., «El encuentro entre la sociología y la historia: las teorías de los movimientos sociales y la historiografía española», *Trocadero*, 15 (2005), pp. 37-55.
- STONE, L., «The Revival of Narrative: Reflections on a New Old History», *Past and Present*, 85 (1979), pp. 3-24.
- THOMPSON, E.P., *Miseria de la teoría*, Crítica, Barcelona, 1981.
- VÁZQUEZ DE PRADA, V., L. ADAO, y A. FLORISTÁN (eds.), *Las individualidades en la Historia*, Universidad de Navarra, Pamplona, 1985.
- I. OLÁBARRI, y F.J. CASPISTEGUI (eds.), *En la encrucijada de la ciencia histórica hoy: el auge de la historia cultural*, Universidad de Navarra, Pamplona, 1998.
- V., I. OLÁBARRI, y A. FLORISTÁN (eds.), *La historiografía en Occidente desde 1945. Actitudes, tendencias y problemas metodológicos*, Universidad de Navarra, Pamplona, 1985.
- VEIGA, X.R., «Clientelismo e historia política: algunas puntualizaciones sobre viejos temas», *Spagna contemporanea*, 18 (2000), pp. 91-108.

- VEIGA, X.R., «El significado del Sexenio en la definición de una identidad política conservadora», *Ayer*, 57 (2005), pp. 191-221.
- «Historia política y comparación: las élites en Italia y España (1850-1922)», en R. Zurita, y R. Camurri (eds.), *Las élites en Italia y en España (1850-1922)*, PUV, Valencia, 2008, pp. 245-256.
- «Individuo, sociedad e historia. Reflexiones sobre el retorno de la biografía», *Studia historica. Historia contemporánea*, 13-14 (1995-6), pp. 131-147.
- «La reciente historiografía política sobre el siglo XIX español: balance crítico y bibliográfico», *Ler História*, 43 (2002), pp. 239-269.
- VERNON, J., *Politics and the People. A Study in English Political Culture, c. 1815-1867*, CUP, Cambridge, 1993.
- VILAR, P., *Pensar la historia*, Instituto Mora, México, 1992.
- WAHG, Q.E., y F.L. FILLAFER (eds.), *The Many Faces of CLIO: Cross-Cultural Approaches to Historiography (Essays in Honor of Georg G. Iggers)*, Berghahn Books, Nueva York, 2007.
- WAHRMAN, D., «The New Political History: a Review Essay», *Social History*, 21 (1996), pp. 343-354.
- WEBER, M., *Sociología del poder. Los tipos de dominación*, Alianza, Madrid, 2009.
- WHITE, H., *El contenido de la forma. Narrativa, discurso y representación histórica*, Paidós, Barcelona, 1992.